

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 11, capítulo CCIV

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
María del Carmen Berdejo Bravo

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 11, capítulo CCIV

**Anotado y revisado por
María del Carmen Berdejo Bravo
(UAM Azcapotzalco)**

Capítulo CCIV

El imperio en agonía

Enero y febrero de 1867

CCIV

EL IMPERIO EN AGONÍA

Enero y febrero de 1867

Nuestro ministro en Washington fue llamado por el secretario de Estado, Mr. Seward, habiendo sostenido ambos una larga conferencia el 9 de enero. En ella, Mr. Seward dio informes sobre las actividades del general González Ortega. Matías Romero se apresuró a informarle que éste no tenía partidarios ni popularidad que le permitieran alcanzar buen éxito en su gestión de reclamar la presidencia de la República, que todo el ruido que sobre este asunto se hace en Nueva York, se debía a la acción de especuladores a quienes González Ortega les había ofrecido unas concesiones.

A continuación, Seward entró de lleno al motivo fundamental de la entrevista y que planteó con grandes circunloquios, pretendiendo que se trataba de una idea que se le había ocurrido en forma espontánea. Propuso que para quitarle a los franceses todo pretexto y se acelerara la evacuación en México, tal vez sería conveniente que el gobierno republicano celebrara con ellos un armisticio y que se suspendieran las hostilidades, tanto contra los franceses como contra las tropas imperiales, durante todo el tiempo en que aún permanecieran los primeros en territorio mexicano.

El señor Seward reconocía que el gobierno francés se encontraba en una situación difícil y que era conveniente ayudarlo para facilitar la rápida evacuación de las tropas francesas.

Matías Romero, con la habilidad de veterano en las lides diplomáticas, pese a su juventud, objetó diversos aspectos del proyecto y se limitó a ofrecer trasmitirlo al gobierno mexicano como sugestión, pero se apresuró a informar, en nota fechada el 9 de enero, el origen de esa

comunicación y hacer las siguientes consideraciones:

Por lo expuesto verá usted que el gobierno francés ha conseguido interesar a Mr. Seward en favor de un plan, en cuya virtud nosotros tendríamos todo que perder y nada que ganar; Napoleón quiere que sin reconocernos él, ni aun como beligerantes, para el hecho de celebrar una convención militar, nos apresuremos de nuestro motivo a ayudarlo a salir de la mala posición en que se encuentra, suspendiendo nuestras hostilidades no solamente contra sus fuerzas, sin que él, por su parte, se comprometa a nada, sino también contra los traidores, para darles tiempo de que se organicen y prolongar la guerra civil, después de la salida de los franceses, lo que le permitirá decir que la usurpación de Maximiliano era en México un gobierno tan nacional como cualquiera otro, supuesto que duró tanto tiempo con elementos enteramente propios.

Afortunadamente el mismo absurdo de este plan ha hecho que Mr. Seward lo proponga de modo que, sin ofender al ministro de Estado, podamos desecharlo, o ignorarlo.

Los cabildeos continuaban entre los gobiernos francés y estadounidense; el 17 de enero celebraron una conversación el secretario de Estado y Berthemy, ministro diplomático de Francia en los Estados Unidos, cuya versión reproducimos como principio de este capítulo. Es verdaderamente irritante la actitud del representante francés tratando de inducir al secretario de Estado a resolver entre los dos el futuro de México, toda vez que ha resuelto excluir a Juárez y dice que Maximiliano está de acuerdo en lo que ellos resuelvan.

Molesta la suficiencia con que se siente autorizado para eliminar a Juárez y, al mismo tiempo, es notoria la falsedad de que Maximiliano estaba de acuerdo en acatar los arreglos que el gobierno francés hiciera, pues ya por esos días el príncipe austríaco estaba en franco rompimiento con el gobierno francés y sus representantes.

Afortunadamente, Seward contestó, en forma precisa, que los Estados Unidos no tenían ningún interés en intervenir en los asuntos mexicanos, aun en el caso de que el gobierno de Juárez lo solicitara, haciendo la aclaración que no esperaba que esto último ocurriera.

Por estos mismos días Almonte, cumpliendo las instrucciones que se le habían dado, se entrevistó con el ministro de Negocios Extranjeros de Napoleón, para dar lectura a la nota de 10 de diciembre, en que Maximiliano hacía saber que había resuelto quedarse en México y consultar la opinión popular respecto a la forma de gobierno futuro.

El marqués de Moustier hizo notar que si el gobierno francés había iniciado negociaciones con el estadounidense buscando que la mediación de ambos gobiernos permitiera dar término a la guerra civil en México, se debía a que era ya notorio en Europa que Maximiliano había decidido regresar.

Hasta principios de enero recibió Napoleón el informe completo de lo ocurrido en Orizaba y de las conversaciones que se habían tenido con Maximiliano; disgustado, le envía, el 10 de enero, un drástico mensaje el general Castelnau, en donde le pide no insista en la abdicación, pero que ya no retrase la salida de las tropas y que embarque a todos los que no quieran quedarse.

Pocos días después, Bazaine da a conocer una circular a todos los cuerpos expedicionarios y a los soldados de nacionalidad francesa, en que apoyándose en el mensaje anterior les ratifica la intención del gobierno francés de retirar de México a sus tropas, dejando sólo a la legión extranjera; les pide a aquellos que forman parte de algunas corporaciones mixtas del ejército mexicano, le hagan saber si desean permanecer en México o regresar junto con la totalidad del ejército francés.

Después de la reunión celebrada en Orizaba, los consejeros y ministros abandonaron la ciudad el 10 de diciembre, pero Maximiliano resolvió permanecer algunos días más y "se pasaba las mañanas enteras en el campo con el naturalista y el médico Basch".¹

¹ José Luis Blasio, *Maximiliano íntimo*, México, 1905, p. 295.

El 12 de diciembre salía de Orizaba rumbo a Puebla, haciendo un gran rodeo por la presencia de las guerrillas republicanas; pasó por Perote y las haciendas del Nopaluca y de Ojo de Agua; se detuvo en Huamantla, alojándose en la casa que está al norte de la plaza principal. Llegó finalmente a las inmediaciones de Puebla, pues no entró a esa ciudad sino que se alojó en una casa de campo de nombre Xonaca, propiedad del obispo. En este sitio recibió al general Castelnau, ayudante de campo de Napoleón, quien le sugirió abdicara y se retirara del país junto con el ejército francés.

El ministro francés Dano también quiso visitarlo para tratar este asunto, pero Maximiliano se excusó y ante su insistencia, aceptó recibir nuevamente al general Castelnau acompañado de Dano, indicándoles como resultado de sus conversaciones "que necesitaba un mes para pensar y dar una resolución definitiva".

Sin embargo, no esperó ese tiempo, en una nueva entrevista con Castelnau y Dano en que le insistieron en su planteamiento, "Maximiliano declaró formalmente que rechazaba la abdicación que se le proponía y expuso sus proyectos para sostenerse en el trono; habló, nuevamente, de su deseo de reunir un congreso y afirmó que si alguna vez dejaba el poder sería sólo por el voto unánime de esa asamblea".² El 3 de enero de 1867, abandonó la finca Xonaca, dirigiéndose hacia México y pernoctando en San Martín Texmelucan, Río Frío y Ayotla, llegando el día 6 a Mexicaltzingo, pero en lugar de penetrar a la ciudad, abandonó el carruaje que le había transportado y montando a caballo se dirigió por el sur hasta llegar a la hacienda de La Teja, situada en las cercanías a Chapultepec donde estableció su residencia.

En los días siguientes le visitaron los antiguos ministros, José Fernando Ramírez, Pedro Escudero y Echánove, quienes con toda franqueza le hicieron ver al emperador que la situación estaba perdida; se despidieron de él, anunciándole que se trasladaban a Europa.

Según el conde Keratry, el 7 de enero estuvo a visitarlo el mariscal Bazaine, quien le dijo con toda franqueza que la situación estaba perdida

² Blasio, *Maximiliano íntimo*, p. 298.

y concluyó con lo siguiente: "Hoy mi opinión es que vuestra majestad se retire espontáneamente".³

En los días siguientes Maximiliano convocó una junta de treinta y cinco personalidades, a las que presentó nuevamente la consulta sobre si debería continuar actuando como emperador o era preferible que abdicara.

La reunión se celebró el 14 de enero en la hacienda de La Teja.

Se reproduce en el capítulo el relato de esta junta, según la versión del periódico *La Nueva Era*. Como en el texto de que hemos podido disponer no se llega a la parte final, en que se muestran los resultados de la votación, a continuación se reproduce, tomándolos de la obra de Agustín Rivera.

Procedióse a recoger los votos finales, veintiséis votaron por la no abdicación; siete, que fueron Bazaine, Robles Pezuela, López Portillo, Cortés Esparza, Cordero, Pérez y Sarabia, votaron por la abdicación; los señores Labastida y Barajas salvaron sus votos".³

Enterado Maximiliano del resultado de la consulta, resolvió aceptar la decisión mayoritaria.

Según relata su secretario Blasio, repentinamente Maximiliano resolvió trasladarse al Palacio Nacional, justificando su decisión por la gravedad de los asuntos que reclaman su atención directa;

Pero lo que en realidad sucedió fue que la policía sorprendió en los jardines a dos individuos que se dieron por presos, diciendo que iban a robar, pero todo hacía pensar que eran espías de los liberales o comisionados para matar al emperador o apoderarse de su persona.⁴

³ Agustín Rivera, *Anales Mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*, México, 1963, p. 276.

⁴ Blasio, *Maximiliano íntimo*, p. 305.

El día 25 de enero, el secretario de Bazaine hizo publicar un aviso en los periódicos haciendo el postrer llamado a los franceses que desearan regresar a su patria y notificándoles que el último convoy saldría el 1º de febrero con destino a Veracruz.

Tardíamente, el gabinete encabezado por Teodosio Lares resolvió, el 25 de enero, interpelar al mariscal Bazaine y al general Castelnau sobre la falta de cumplimiento al ofrecimiento que habían hecho de que, mientras las tropas estuvieran en México, colaborarían en el sostenimiento del régimen. Ignorantes del aviso que ese mismo día había aparecido en los periódicos, preguntaban sobre cuándo terminaría la evacuación de las tropas francesas.

Dos días después, el mariscal Bazaine contestó en nota ríspida a Lares y concluye indicándole que "en lo sucesivo no quiere tener relaciones con ese ministerio".

También Bazaine escribe a Maximiliano, mostrándose ofendido por la interpelación del gabinete y haciéndole saber que los comandantes de ingeniería y de artillería del ejército francés, están poniendo al tanto al general Leonardo Márquez sobre el estado de las fortificaciones y de las defensas de la Ciudad de México.

Maximiliano, molesto por la actitud de Bazaine, por conducto del padre Agustín Fischer le devuelve la carta anterior, porque no puede admitir que se exprese de los ministros en los términos en que lo ha hecho.

Ante la situación y de la próxima salida del último destacamento francés de la Ciudad de México, los ministros diplomáticos acreditados ante el gobierno de Maximiliano, que eran el de Francia, el de España, de la Gran Bretaña y los encargados de negocios de Prusia, Bélgica, Italia, conjuntamente enviaron al emperador una nota muy diplomática, melosa y cuidadosa, pero que en el fondo hacía dura crítica de las designaciones que Maximiliano había hecho.

Hacen graves cargos similares a varios miembros del gabinete y se muestran sorprendidos de que "el mando de las armas del imperio esté confiado a los jefes Márquez y Miramón".

El día 3 de febrero Bazaine da a conocer una proclama

despidiéndose del pueblo mexicano, deseando felicidad a la nación e insistiendo "en que todos nuestros esfuerzos han aspirado a establecer la paz interior".

Dejemos a un testigo presencial, José Luis Blasio, secretario particular de Maximiliano, que relate la salida del último grupo de tropas francesas encabezadas por Bazaine, de la Ciudad de México:

El día 5 de febrero de 1867 una inmensa multitud silenciosa llenaba las calles de México, presenciando la partida de las tropas francesas.

A la cabeza de los regimientos marchaban el mariscal Bazaine y el general Castelnau y las músicas militares atronaban el aire, mientras las banderas desplegadas al viento frío de aquella mañana, anunciaban a los habitantes de la capital que el ejército invasor abandonaba el país.

El pueblo, indiferente y frío, no hizo demostración alguna hostil ni de entusiasmo; pero sí se expresaban por todas partes las simpatías que el francés alegre, decididor y galante se sabe conquistar en todas las partes del mundo y también se manifestaba cierta curiosidad temerosa ante lo que sucedería en el imperio, cuando ya las bayonetas francesas no sostuvieran esa causa, que hasta los más crédulos daban ya por perdida.

En el convoy que seguía a las tropas iba multitud de emigrados mexicanos y franceses, empleados, ex ministros, generales, propietarios y todos aquellos que, con justicia, temían por sus vidas al triunfar la República.⁵

La marcha del último destacamento encabezado por Bazaine fue lenta, permaneció en Puebla los días 11 y 12 de febrero y hasta el día 13

⁵ Blasio, *Maximiliano íntimo*, p. 305.

se reanudó la marcha a Orizaba.

Durante su escala en Puebla, le escribió por última vez a Maximiliano, insistiéndole abdicara y ofreciéndole llevarlo a Europa con el ejército francés. En este lugar se enteró de la derrota de Miramón en San Jacinto y pensando que este hecho modificaría la actitud de Maximiliano, envió a Dano un correo extraordinario para que hiciera saber a Maximiliano que lo esperarían para que se incorporara a las tropas francesas y continuara su viaje a Europa;

Pero cuando el correo de Bazaine que venía dirigido al ministro Dano llegaba a México, otro correo extraordinario enviado por Dano se cruzaba con él y hacía saber que el día 13, el emperador, a la cabeza de un cuerpo de ejército, salía de la capital para continuar la guerra en el interior del país.⁶

Sin embargo, Bazaine, en las últimas semanas de su permanencia, actuó en franca hostilidad a Maximiliano, destruyó gran cantidad de proyectiles y de pólvora y de algunos otros materiales.

El general Porfirio Díaz, en carta dirigida a Matías Romero, el 3 de mayo de 1867, le hace el siguiente cargo de suma gravedad.

El general Bazaine, por medio de una tercera persona, ofreció entregarme las ciudades que posee, así como también a Maximiliano, Márquez, Miramón, etc., con tal de que yo acceda a una propuesta que me hace, y la cual deseché por no parecerme honrosa. También se me hizo otra proposición con autoridad de Bazaine, para la compra de 6,000 fusiles y cuatro millones de cápsulas; y, si yo lo deseaba, también me vendería cañones y pólvora; mas me negué a aceptarla. La intervención y sus resultados han abierto nuestros ojos, y de aquí en adelante tendremos más cautela al tratar con las naciones extranjeras, particularmente con las de Europa, y con especialidad con la

⁶ Blasio, *Maximiliano íntimo*, p. 306.

Francia.⁷

Finalmente, Bazaine llegó a Veracruz el 27 de febrero, embarcándose ese mismo día a bordo del *Soberano*, que fue el último barco francés que abandonó las playas mexicanas el 11 de marzo.

Maximiliano, a espaldas de su gabinete, resolvió irse en compañía de las tropas austríacas y para asegurar su marcha trató de obtener del general Porfirio Díaz las seguridades de que no sería atacado. Veamos lo que narra este último en sus *Memorias* y la respuesta que dio:

Estando en Acatlán en observación de las operaciones del enemigo y con el objeto de proteger la organización de tropas que hacían por orden mía los jefes a quienes acabo de referirme y en espera de las tropas de Oaxaca y materiales de guerra que debían incorporármese con el general don Manuel González, condujo un día la avanzada de Acajete, por cordillera y con las precauciones usuales en esos casos, a mi cuartel general, a una persona llamada Carlos Bournof, que había sido comisionado personalmente por Maximiliano, según credencial que trajo al efecto, para recabar mi promesa de no batir al archiduque en la marcha que próximamente se proponía hacer de México a Veracruz, protestando que haría su travesía exclusivamente con soldados europeos y que su objeto era embarcarse con ellos en la fragata *Novara* que lo esperaba fondeada en Veracruz.

Mr. Bournof me dijo que esto era todo lo que Maximiliano le había encargado me manifestase, pero él agregó, como opiniones personales suyas y como informes que me daba, que Maximiliano tenía un alto concepto de mí y que, si pudiera contar con mi cooperación, se descartaría de los conservadores que lo rodeaban y de los militares de ese partido que estaban a su lado; que me

⁷ Tomo 9 de esta obra. Puede verse el diálogo epistolar entre el general Díaz y el mariscal Bazaine sobre este punto, veinte años después.

daría el mando de todas sus fuerzas y que pondría la situación del país en manos de los liberales, porque él tenía gran predilección por nuestros principios políticos, que sentía gran respeto y consideración por el señor Juárez y por los principios que profesaba, pero que vista la situación que él guardaba y teniéndonos a nosotros por antagonistas, no podía proceder como deseaba, sino como las circunstancias lo obligaban a obrar. Me pareció que Mr. Bournof cumplía con un encargo de Maximiliano, sin embargo de que él cuidó de hacerme entender que esto no era así, sino que tan sólo expresaba sus impresiones personales.

Detuve a Mr. Bournof toda la noche para mandarlo al día siguiente con una respuesta verbal negativa, y le dije que no podía tener condescendencia de ningún género con el enemigo y que mis únicas relaciones con Maximiliano consistían en batirlo o ser batido por él, para lo que tomaba desde luego mis providencias y que me empeñaría en hacerlo prisionero y someterlo a la justicia de la nación.

Esta entrevista, tuvo lugar el 14 de febrero, por lo que es de suponer que Bournof debe haber salido de México probablemente el 8 o el 9 de ese mes.

Al saber de la ocupación de Zacatecas por Miramón, pensando que se había continuado con la persecución a Juárez y sus ministros, sin sospechar siquiera el fracaso que Miramón acababa de alcanzar en San Jacinto, Maximiliano le envió instrucciones del tratamiento que debe dar a Juárez y a su gabinete, toda vez que supone que habría podido apoderarse de ellos. Le advierte que no se cumpla la sentencia a que sean condenados, antes de haber recibido la aprobación del propio Maximiliano.

Voluble e indeciso, cuatro días después Maximiliano reconoce su derrota y ya no quiere mayor derramamiento de sangre, por lo que escribe a Teodosio Lares una carta en que hace un examen objetivo de la

situación y concluye pidiéndole le proponga "las medidas que juzgue usted oportunas para desenlazar la crisis actual, arreglándose sobre las ideas expresadas en esa carta y teniendo en cuenta el bien y la prosperidad del pueblo mexicano, con entero desprendimiento de todo interés político y personal". Cabe llamar la atención que ese mismo día envió a Carlos Bournof en misión cerca de Porfirio Díaz, ocultándolo a su gabinete.

Lares le contesta el día siguiente y no puede menos que mostrar su sorpresa por la nueva actitud adoptada por Maximiliano. Después de haber consultado con el gabinete y de haber examinado las ideas que contiene su carta decidieron renunciar, pero luego desistieron para acompañarle en la realización de lo único que considera practicable para dar fin a la crisis que sufre México.

Le propone que para evitar a la Ciudad de México las calamidades de un sitio, se traslade a Querétaro, tomando el mando del ejército a fin de eliminar las rivalidades entre los jefes militares; que constituya un ejército de importancia y, al mismo tiempo, sugiere que se entablen pláticas con Juárez y se convoque a un congreso en el que se discutan algunas reformas constitucionales que le permitirían al clero volver a tener bienes, si bien, en forma restringida y disponer de voto activo y pasivo en el proceso electoral.

La carta de Lares es muy interesante por su contenido, pero francamente utópica en cuanto que cree posible lograr convencer al gobierno republicano a que llegue a una transacción con los imperiales.

DOCUMENTOS

**Enero y febrero
De 1867**

RELACIÓN DE UNA CONVERSACIÓN ENTABLADA
ENTRE EL SECRETARIO DE ESTADO Y MR. BERTHEMY,
MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE FRANCIA
EN LOS ESTADOS UNIDOS

Mr. Berthemy dijo:

He recibido de mi gobierno la instrucción de dar a conocer al señor subsecretario de Estado⁸ la satisfacción con que el emperador ha recibido las seguridades contenidas en el discurso que pronunció el general Dix a consecuencia de su recepción en París. El gobierno de su majestad se cree autorizado por estas seguridades a esperar de parte del gabinete de Washington una disposición de espíritu favorable para una buena armonía entre los dos gobiernos, respecto al arreglo definitivo de la cuestión mexicana.

Además he recibido de mi gobierno la instrucción de declarar que el nombre del señor Juárez, una vez excluido de nuestras combinaciones, como el emperador Maximiliano, se halla dispuesto a aceptar todos los arreglos que podría proponer el gobierno francés de acuerdo con los Estados Unidos,⁹ no hemos tomado todavía ninguna resolución en favor de un pretendiente o

⁸ Seguramente hay error en la traducción de este documento, pues Seward era el secretario de Estado y no subsecretario.

⁹ La traducción es confusa y no fue posible conocer el documento original. Probablemente la idea es la siguiente: "Además, he recibido de mi gobierno la instrucción de declarar que el nombre del señor Juárez se ha excluido de nuestras combinaciones y como el emperador Maximiliano se halla dispuesto a aceptar todos los arreglos que podría proponer el gobierno francés de acuerdo con los Estados Unidos".

candidato cualquiera, capaz de volver a constituir la situación política en México, ni con el señor (González) Ortega ni con otra persona, cualquiera que sea.

Sin embargo, tengo la autorización de declarar al señor subsecretario de Estado que si tiene a la vista otro nombre que representaría mejor las exigencias de la situación, estamos dispuestos a examinar, con un deseo sincero de armonía, todas las proposiciones que tendría a bien de formular el gobierno de los Estados Unidos.

Mr. Seward replicó:

Voy a contestar francamente y sin reserva. Las disposiciones de los Estados Unidos, respecto a este asunto, son enteramente amigables y cordiales para con la Francia. Harán cuanto podrán para llenar los deseos de la Francia, sin perjudicar por esto a sus relaciones establecidas con la República Mexicana. Pero, la actitud de los Estados Unidos hasta ahora ha consistido en el reconocimiento exclusivo del Presidente Juárez como jefe del Poder Ejecutivo del Estado.

Los Estados Unidos no pueden pensar que la actual situación de México podría justificar un cambio cualquiera en su actitud. Los Estados Unidos esperan como un acontecimiento probable que el Presidente de México recupere el poder de que necesita para ejercer su autoridad constitucional, necesaria a la pacificación del país y a la restauración del orden, cuando las tropas francesas habrán terminado la evacuación. En todos los casos y cualesquiera que sea la actitud que deseamos tomar, nos hemos interdecido por nuestros compromisos de no obrar de una manera injuriosa acerca del gobierno republicano existente y de no hacer nada que sea contrario a su autoridad.

Los Estados Unidos desean vivamente que no se lleve por

ninguna transacción, ni aun por una apariencia cualquiera de intervención, una dificultad por pequeña que sea en los asuntos mexicanos y así obrarán, aun en el caso de que el Presidente Juárez les pidiera esta intervención, pero no ha pensado nunca en hacerlo. Por estas razones, el gobierno de los Estados Unidos no puede acceder a la política que le propone el gobierno del emperador.

Washington, enero 17 de 1867.

William H. Seward

EL MINISTRO FRANCÉS DE NEGOCIOS EXTRANJEROS,
CONSIDERA QUE MAXIMILIANO
DESEA ABANDONAR MÉXICO

París, enero 15 de 1867

Excelentísimo señor ministro de Negocios Extranjeros de México

Excelentísimo señor:

El día 12 del corriente tuve una entrevista con el marqués de Moustier, ministro de Negocios Extranjeros y le leí la nota circular de vuestra excelencia [V. E.] fecha 10 de diciembre del año próximo pasado, según la prevención que V. E. se sirvió hacerme. Su excelencia [S. E.] me escuchó con bastante atención y sólo hizo alto cuando llegué al párrafo que dice que "se hacía saber a su majestad [S. M.] el emperador que entre el gobierno francés y el de los Estados Unidos se habían iniciado negociaciones para asegurar una mediación franco-americana en virtud de la cual se prometía poner término a la guerra civil que ha desolado al país y que, para lograr este fin, se consideraba como indispensable que el gobierno que se estableciese bajo tal mediación tuviera la forma republicana y espíritu liberal".

Aquí hizo notar el señor de Moustier que si se intentó por el gobierno francés entrar en negociaciones con el americano, eso no fue sino después que S. M. el emperador Maximiliano se mostró dispuesto a abandonar el país y cuando se hizo público en Europa que S. M. había prevenido a la servidumbre de su palacio de Miramar que ya no se le escribiese a México porque se preparaba a partir. También hizo notar que, aun cuando se hubiese pensado en el restablecimiento del sistema republicano, nunca se trató de indicar que fuese bajo un espíritu

ultraliberal.

Terminada la lectura de la circular de V. E. manifesté al señor ministro que si deseaba una copia de ella, me hallaba facultado para facilitársela. Me dijo que apreciaría tener un tanto de ella y la proclama del emperador y le dejé una copia de cada documento. Entiendo que la impresión que hizo en el ánimo del ministro la lectura de la circular fue favorable y en ese sentido se ha manifestado en general la prensa europea.

Todo lo que tengo el honor de poner, en conocimiento de V. E. para que se sirva dar cuenta de ello al emperador, protestando a V. E., con esta ocasión, mi consideración y distinguido aprecio.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Juan N. Almonte

DRÁSTICAS INSTRUCCIONES
DE NAPOLEÓN A CASTELNAU

París, 10 de enero de 1867

(Mr. Castelnau):

Recibí despacho del 7 de diciembre. No obliguéis al emperador (Maximiliano) a que abdique; pero no retardéis la salida de las tropas. Embarcad a todos los que no quieran quedarse.

(Napoleón)

CIRCULAR A TODOS LOS CUERPOS EXPEDICIONARIOS
Y A LOS SOLDADOS DE NACIONALIDAD FRANCESA

El mariscal, comandante en jefe, ha recibido de París un telegrama manifestando la intención del gobierno francés de retirar a Francia, no solamente la legión extranjera, sino también los soldados de nacionalidad francesa que hayan sido formalmente autorizados para engancharse en el servicio del gobierno mexicano y que se encuentran actualmente entre los diversos cuerpos del ejército mexicano.

Sin embargo, si algunos de esos soldados desean permanecer al servicio de México, se les autoriza para ello y para que continúen en los cuerpos a que pertenecen actualmente. En cuanto a los franceses, sea cual fuere su rango actual en el ejército mexicano, los jefes, oficiales y soldados que expresen el deseo de cesar de servir a México, aquellos que ya han pertenecido a cuerpos franceses, serán transferidos a la legión extranjera, en donde tendrán su antiguo rango. Los demás serán enviados a Francia a expensas del gobierno francés.

En consecuencia, se formará en cada cuerpo mexicano una lista nominal de todos los franceses que sirven en los cuerpos citados y se remitirá al mariscal infrascrito. Después de que cada soldado haya escrito al lado de su nombre el partido que hubiere tomado, si es que está o no resuelto a permanecer en el servicio mexicano, los soldados que optaron por lo primero se reunirán al destacamento francés que esté más inmediato, en la primera ocasión que se presente.

México, 15 de enero de 1867.

(Francisco Aquiles) Bazaine.
Mariscal comandante en jefe

MAXIMILIANO CONSULTA
SI SE QUEDA O ABDICA¹⁰

Los señores Lares, Lacunza, mariscal Bazaine, Marín, García Aguirre, Mier y Terán, Campos, Pereda, general Márquez, Murphy -subsecretario de la Guerra-, Almazán, Luis Méndez, Manuel Cordero, Esteban Villalba, Cortés y Esparza, Bonifacio Gutiérrez, Robles Pezuela, Fonseca, Sarabia, Iribarren, Hidalgo y Terán, Araujo y Escandón, Orozco y Berra, Linares, Hernández, Víctor Pérez, López Portillo, Tomás Murphy, general Portilla, general Galindo, el arzobispo de México, el obispo de San Luis Potosí, Sánchez Navarro, el padre Fischer, Vidaurri y Manuel Lizardi.

Treinta y seis personas en todo para decidir en un negocio tan grave y, aún, es preciso quitar de la lista al mariscal Bazaine, al general Vidaurri que no contestó cuando llamaron su nombre y a Mr. Lizardi que se recusó, a sí mismo, por ser un extranjero.

De modo que no quedaban en realidad más de treinta y tres votantes, de los cuales ahora es preciso dar a conocer la opinión y, para esto, abandono la palabra al redactor de *L'Ere Nouvelle*.

Artículo de *L'Ere Nouvelle* de 18 de enero de 1867.

Lo mismo que en Orizaba, el señor Lares presidía la asamblea en nombre del emperador. Después de abierta la sesión, puso en estos términos la cuestión que debía resolver.

"¿Puede el gobierno imperial y debe emprender la pacificación en las circunstancias actuales del país y en presencia de las cifras presentadas por los ministros de Guerra y de Hacienda?".

Entonces el ministro de la Gobernación dio lectura de los

¹⁰ La reunión se celebró en la hacienda de La Teja el 14 de enero; esta es la versión de lo ocurrido en ella, según *L'Ere Nouvelle* del 18 de enero de 1867.

departamentos que se habían quedado fieles al imperio y expuso las declaraciones hechas respecto a esto por los departamentos de Guerra y Hacienda.

Resultaba de estas declaraciones que el erario contaba en este momento con una renta efectiva de 11,000,000 de pesos. La renta debía subir a 23,000,000 después de haber recuperado los departamentos de San Luis (Potosí), Zacatecas y Jalisco y debía llegar a 36,000,000 el día en que el brazo del gobierno imperial podría extenderse sobre el país entero.

El ministro de la Guerra, por otra parte, contaba con un efectivo inmediatamente disponible de 26,000 hombres.

Después de haber acabado esta exposición, el señor Lares pidió sucesivamente la opinión de cada una de las personas presentes. He aquí en pocas palabras un resumen de ellas.

El general Márquez pensaba que el gobierno debía emprender vigorosamente la guerra, puesto que los recursos de que disponía, en hombres y en dinero, eran más que suficientes para conseguir este objeto. ¿Por qué, decía, perder el ánimo? ¿No es esto la historia constante de la guerra civil?

El señor Murphy, subsecretario de la Guerra, tenía el mismo sentimiento. A su parecer las fuerzas disidentes se componían únicamente de ladrones.

El señor Marín participaba igualmente de la opinión del general Márquez. Añadió que si el bien público lo exigía, votaría para que se propusiese un arreglo a los republicanos. Mas como, afortunadamente, el país entero parecía resuelto en favor del imperio, pensaba que el gobierno debía proseguir la guerra hasta que se obtuviese una pacificación completa.

El señor García Aguirre pensaba igualmente que se debía seguir la guerra a todo trance. Si los soldados faltaban, el gobierno debía acudir al reclutamiento forzado; si se necesitaba dinero, debía tomarlo por todas partes donde se hallaba.

Los señores Lares, Mier y Terán y Lacunza contestaron por la afirmativa a la cuestión que tenía que discutir la asamblea.

El mariscal Bazaine leyó un discurso que tradujo el señor Lacunza. Dijo que, en la opinión del ejército francés, que había recorrido todo el país, la República había entrado en las costumbres y la mente de la mayor parte de los habitantes. Había tenido bajo sus órdenes 40,000 soldados franceses y 20,000 mexicanos; había tenido a su disposición todos los recursos necesarios y tenía la convicción de que el imperio sería la guerra y no la paz. En consecuencia, era de opinión que el emperador debía abdicar.

El señor Araujo y Escandón participaba de la opinión del ministerio, apoyando la suya con citas históricas.

Los generales Portilla y Galindo se pronunciaron en favor de una guerra sin merced.

El arzobispo de México se declaró incompetente. No solamente su ministerio no le autorizaba a resolver estas cuestiones, sino que no podía aun siquiera comprobar las cifras presentadas por los ministros de Guerra y de Hacienda.

El obispo de San Luis Potosí declaró que, al recibir la invitación asistir a la junta, había creído que se trataba de una cuestión de moral. Se recusó por los mismos motivos que su colega, pero, dijo que entre los disidentes conocía varios jefes muy honorables y dignos de estimación.

El señor Hidalgo y Terán se expresó en el mismo sentido que los dos obispos.

El señor Sánchez Navarro se declaró por la guerra a todo trance.

El señor Iribarren, comisario imperial en los departamentos de Sonora y de Sinaloa, participaba de la opinión del ministerio. Dijo que al abandonar Mazatlán y los departamentos que se le habían confiado, había creído que el emperador había abdicado y consideraba que sería una cosa muy fácil de recuperar todo el país.

Al señor Sarabia, comisario imperial en Durango, le parecía que el emperador debería abdicar, porque las cosas no podían mantenerse en la situación actual.

El señor Robles Pezuela dijo que se admiraba mucho al ver al ministro de Hacienda contar con una renta efectiva de 11 millones de pesos. Cuando se hallaba de comisario imperial en Guanajuato había

observado que las rentas, en vez de aumentar, disminuían por el contrario de una manera palpable y que, en presencia de una situación semejante, le parecía imposible el sostenimiento de la forma imperial.

El señor Bonifacio Gutiérrez participaba del mismo parecer.

El señor Cortés y Esparza dijo que en la junta se hallaban elementos heterogéneos y que faltaban indicaciones precisas para resolver la cuestión. ¿Cuáles eran los documentos que se tenían para verificar la exactitud de las cifras que se les habían presentado? ¿Quién podía afirmar la existencia de los 11 millones de que se hablaba? ¿No había ilusiones en eso? ¿Los 26,000 hombres que decía tener el ministro de Guerra, eran soldados o simplemente gentes armadas? ¿Quién de entre las personas presentes podía contestar con certeza sí o no a sus cuestiones? Por eso el emperador y sus ministros le parecían las únicas personas que podían tomar una resolución con un perfecto conocimiento de causa.

El señor Cortés y Esparza añadió que, en su concepto, hacía algún tiempo ya que el emperador hubiera bien hecho de retirarse. El orador se había expresado de la misma manera en la conferencia de Orizaba y, desde esta época, su opinión, lejos de cambiar, se había confirmado. Se decía que el país estaba acostumbrado a la situación en que se hallaba en el momento. Esto podía ser; pero, cuando se había adherido al imperio, era precisamente porque él creía dar su adhesión a un orden de cosas cuya estabilidad conseguiría la paz y la prosperidad nacional. No habiéndose realizado esta esperanza en lo pasado no pensaba que pudiera tampoco realizarse en lo futuro. Y por eso el orador reiteraba el voto que había emitido ya en Orizaba.

El señor Cordero pensaba que, al proseguir la guerra, el emperador podría bajar al rango de un simple jefe de partido y que, en razón de su novedad, el imperio contaba con pocos partidarios propios. Por esto, le parecía que el emperador debía abdicar.

El señor Luis Meléndez participaba del mismo parecer.

El señor Villalva se pronunció de una manera muy vehemente contra los disidentes. Terminó su discurso diciendo que el emperador se había comprometido a no abandonar jamás a los mexicanos y que le

conjuraba de cumplir su promesa.

El señor Víctor Pérez hizo notar varias faltas de exactitud en la lista de los departamentos fieles al imperio que había leído el señor ministro de la Gobernación. Dio a conocer ciertas circunscripciones en las cuales el gobierno no tenía más de un solo punto mientras los demás se hallaban en poder de los disidentes. Quería pues que el emperador conociera toda la verdad y votaba por la abdicación.

Los señores Linares, (López) Portillo y Tomás Murphy, fueron por la continuación de la guerra.

El señor Fonseca reprodujo la opinión que había emitido en Orizaba en la comisión encargada de decidir si el emperador debía o no retirarse. Era en favor del mantenimiento del imperio, pero le parecía poco conveniente de volver a tratar esta cuestión a cada instante.

El padre Fischer se pronunció por la guerra de pacificación.

El señor Almazán habló en el mismo sentido como los señores Cortés Esparza y Cordero.

En fin, los señores Orozco y Hernández contestaron de una manera afirmativa a la cuestión que había hecho el señor Lares.

MAXIMILIANO EN FRANCA ACTITUD
ANTIFRANCESA

La Teja, enero 16 de 1867

Mi querido Fischer,

Recibí anoche los extractos de la prensa americana con las observaciones hechas por usted, sobre las apreciaciones que se hacen en América.¹¹

Con sobrada razón dice usted que son del todo falsos los juicios que allí se forman, pero la ausencia de un juicio bueno y sano en esa parte del mundo -lo mismo pasa en Europa- en nada debe tener influencia alguna en la línea de conducta y en la política que creo en mi deber debo seguir. Venga lo que viniere, no titubearé en el camino que me tracé en Orizaba.

No he de entregar el país en manos de los franceses, como ellos pretenden, ni seré nunca un obstáculo para que se logre su pacificación, si ésta dependiera de mi alejamiento de él; así, pues, debemos apegarnos a la idea de reunir un congreso en la primavera próxima, que tenga por base los principios más liberales y cuya mayoría debe obrar con entera libertad, como mejor le parezca.

Comprendo perfectamente que para algunos esta idea es del todo inútil, y otros creen que no la llevaré a cabo; mas no debemos hacer caso ni de unos ni de otros, sino seguir nuestros propósitos de una manera enérgica y, sobre todo, tener en cuenta nuestros deberes para con Dios y nuestra patria.

¹¹ Se refiere a los Estados Unidos.

Esta es la única ambición que deseo ver realizada: si el Congreso desea que yo continúe, lo haré así; y si adopta otra forma de gobierno, nadie se someterá a ella con tan buena voluntad como yo.

Deseo me remita usted los documentos relativos a la sesión de la junta del consejo de ayer, y le aguardo esta noche para arreglar algunos asuntos que tenemos pendientes.

Quedo, entretanto, suyo afectísimo.

Maximiliano

LOS FRANCESES ABANDONAN
LA CIUDAD DE MÉXICO

México, enero 25 de 1867

Señor redactor:¹²

Su excelencia el mariscal comandante en jefe, deseando ayudar, hasta el último momento, a nuestros compatriotas que deseen volver a la patria, me encarga informaros de que un último convoy saldrá de México en 1º de febrero próximo con destinación a Veracruz.

Esta fecha pasada (sic), nadie podrá ser admitido en los convoyes que podrían salir de la capital. La fecha del 1º de febrero es un límite extremo que os ruego dar a conocer lo más pronto posible a nuestros compatriotas.

El coronel jefe del gabinete
Napoleón Boyer

¹² Nota dirigida a los periódicos *La Estafette* y *L'Ere Nouvelle*.

AUNQUE TARDE, EL GABINETE IMPERIAL
EMPLAZA A BAZAINE

(Enero 25 de 1867)

(Al mariscal Bazaine):

El señor mariscal y el señor general Castelnau declararon en la nota del 7 de noviembre pasado que, mientras las tropas francesas estuvieran en México, protegerían, como lo han hecho hasta aquí, a las autoridades y a las poblaciones, en una palabra, el orden, en las zonas que ocupen, mas sin emprender expediciones lejanas.

Pero como en el ataque reciente contra Texcoco, S. E. no juzgó conveniente prestar su socorro, como lo ha participado el general comandante de la 2ª división, el gobierno desea saber cuál sería la actitud de las tropas francesas en la capital, si antes de su marcha la ciudad se viera amenazada por los disidentes, ya sea atacando uno de sus puntos o intentando un golpe de mano.

El gobierno mexicano estaba en el derecho de pensar que el ejército francés, conforme a la nota del 31 de mayo, no se retiraría antes del otoño de 1867; pero puesto que su partida parece cosa resuelta, desea saber en qué época abandonará a México. De nuevo reclama la entrega de la Ciudadela, de los otros puntos fortificados y del material de guerra.

Desea una solución amigable acerca del incidente de La Patria, y de la ocupación de la aduana de Veracruz.

(Teodosio Lares)

EL MARISCAL BAZAINE
ROMPE CON EL GABINETE IMPERIAL

(Enero 27 de 1867)

(A Teodosio Lares)

He recibido, le decía, la carta de vuestra excelencia [V. E.] de 25 del corriente. Podría limitarme únicamente a acusar recibo de ella, porque yo no admito que V. E. me obligue a leer sus cartas cuando V. E. quiera; además, porque esa carta trata cuestiones que han sido resueltas ya, tanto por escrito, como en las conferencias precedentes.

En mis respuestas anteriores, tanto a V. E. como a los diversos subsecretarios de Estado, encontrará V. E. las aclaraciones que pueda desear.

Parece que se acusa de inercia al ejército francés... Más bien, yo tengo el derecho de reclamar contra las violencias cometidas todos los días, desde hace muchas semanas y de las cuales parece ser cómplice la bandera de la Francia por nuestra presencia en México.

Por esto, señor ministro y por descubrir en la carta de V. E. un sentimiento de desconfianza, basado en apreciaciones calumniosas que lastiman nuestra lealtad, participo a V. E. que, en lo sucesivo, no quiero tener relaciones con ese ministerio.

(Bazaine)

BAZAINE PRECISA A MAXIMILIANO
QUE SALDRÁ DE MÉXICO EN FEBRERO

(Enero 28 de 1867)

(A Maximiliano):

No se ocultará lo inconveniente de este lenguaje a V. M., que no me ha hecho jamás la injuria de suponer un solo instante que pueda ser objeto de sospecha la lealtad del ejército francés. Al manifestar a S. M. el proceder de que en su nombre usan sus ministros para conmigo, creo hacer el último y supremo acto de confianza y de lealtad.

Creo, en efecto, prestarle todavía un servicio al emperador tratando de ilustrarle sobre las tendencias y las insinuaciones pérfidas de una facción que reúne pocas simpatías y cuyos jefes abusan del ascendiente que creen tener o de la confianza que han sabido inspirar para preparar a México y a V. M. una era de sangrientas represalias, de dolorosas peripecias, de ruina, de anarquía y de humillaciones sin número.

Tengo la honra de informar a V. M. que, deseoso más que nunca de conservar su estimación y la amistad con que ha tenido la bondad de honrarme, he hecho saber al señor presidente del consejo, que en vista de los términos de su carta precitada, no quería ya tener en lo sucesivo ninguna relación directa con la administración de que es presidente.

Agregaré, señor, que los jefes del señor general Márquez están en relaciones diarias con los comandantes de ingeniería y de artillería del ejército francés, para ponerse al corriente del estado de las fortificaciones, de las defensas, de los repuestos de material, armas y municiones de la plaza.

Habiéndome manifestado S. M. el deseo de saber con anticipación la época en que saldré de la capital, tengo la honra de informarle que se verificará mi marcha con los últimos contingentes del cuerpo expedicionario, en la primera quincena del mes de febrero.

Hasta el último momento, señor, estaré pronto a acudir al llamamiento que V. M. quiera hacerme y siempre dispuesto a conformar mis esfuerzos con sus deseos.

(Bazaine)

MAXIMILIANO DEVUELVE A BAZAINE
LA CARTA ANTERIOR

(México, enero 28 de 1867)

Al mariscal Bazaine

Señor mariscal:

S. M. el emperador me ordena que devuelva luego a V. E. la carta adjunta, no pudiendo admitir que hable de sus ministros en los términos en que está concebida.

A menos que S. E. juzgue oportuno dar una satisfacción sobre esos términos, S. M. me ordena hacer saber a S. E. que en estas condiciones no quiere ya tener en lo sucesivo ninguna relación directa con S. E.

Tengo la honra, etc.

Agustín) Fischer

LOS MINISTROS EXTRANJEROS CENSURAN
ALGUNAS DESIGNACIONES DE MAXIMILIANO

México, febrero 4 de 1867

Señor:

Los infrascritos, representantes de las naciones amigas de México, tenemos el honor de dirigirnos a V. M. en el desempeño del sagrado deber que pesa sobre nosotros de velar sobre la vida y los intereses de los nacionales y extranjeros residentes en este país.

V. M. hallará novedad en la forma de esta nota, pero cuando conozca el objeto de ella, cesará todo motivo de extrañeza.

En los momentos en que parece resolverse la crisis dolorosa que creó en esta desgraciada nación el prematuro término de la intervención francesa, preciso es decirlo, ninguna garantía esperamos del gobierno de V. M. en favor de los súbditos a quienes respectivamente debemos proteger.

Sólo la más estricta moralidad pudiera fundar nuestras esperanzas de que las vidas y propiedades sean respetadas en los días aciagos de que se presentan ya los primeros anuncios y, por desgracia, los informes más verídicos que ministran extranjeros imparciales¹³ y honrados avecinados en México años atrás, con la corroboración de hechos de pública notoriedad y de documentos auténticos, nos convence lastimosamente de que V. M. está rodeado de hombres sobre quienes pesan inmensas responsabilidades, por procedimientos vergonzosos.

Preside el ministerio de V. M. el señor licenciado don Teodosio

¹³ En la fuente de donde se tomó el documento decía "imperiales", seguramente error de copia.

Lares, quien presidía igualmente el de la administración del general Santa Anna, que sucumbió hacia fines de 1855.

Eran entonces ministros con el señor Lares, los señores licenciado don Manuel Diez Bonilla, don Ignacio Aguilar y Marocho y el señor don Joaquín Velázquez de León. La administración sucesora de la del general Santa Anna, encausó a los expresados ministros por usurpación y abusos del poder, presentando entre otros cargos, el que los señores Lares y Aguilar habían extraído del tesoro \$30,000 como un adelanto de los sueldos que en tres años futuros debían de devengar; que el señor Bonilla había dispuesto en provecho propio de los fondos procedentes de los derechos que pagaban los extranjeros por cartas de seguridad y de pasaportes y hasta se había apropiado algunas alhajas de uso del departamento de su cargo y que el señor Velázquez trasladó a su domicilio los fondos destinados a las mejoras materiales y hasta un piano, propiedad particular, presentado por su autor en solicitud de un privilegio. El proceso quedó abierto, la acusación vigente y nada se ha sabido en vindicación de los acusados.

El mando de las armas del imperio está confiado a los jefes Márquez y Miramón. V. M. no puede haber olvidado, porque en Europa están aún vivos los recuerdos y los interesados resienten todavía las consecuencias del atentado cometido por estos dos jefes a fines de 1860, violando los sellos de la legación británica y fracturando las cajas para extraer algunos millones remitidos allí por el gobierno liberal, residente entonces en el puerto de Veracruz, para pago de los dividendos de la deuda inglesa, millones que desaparecieron instantáneamente.

No fueron otros sino los jefes Márquez y Miramón, secundados activamente por el general O'Horan, que también figura en el gobierno de V. M., quienes resultaron responsables de los fríos asesinatos cometidos en Tacubaya por abril de 1859, en jóvenes inermes, en médicos humanitarios y habitantes pacíficos, arrancados de sus hogares en los pueblos circunvecinos.

Esta penosa reseña que la gravedad de las circunstancias y la consecuencia de nuestro deber nos obliga a presentar a la consideración de V. M. fundan suficientemente los motivos de nuestra desconfianza en

el apoyo y protección que de su gobierno tenemos derecho de esperar y explican también la razón porque en esta nota salvamos los usos comunes establecidos en las relaciones internacionales.

No incumbe a nuestra posición discutir si es conveniente y humanitario prolongar una resistencia inútil que compromete intereses dignos de consideración; tócanos sólo demandar de V. M., como formal y solemnemente demandamos en nombre del derecho de gentes, seguridades efectivas para los súbditos de nuestros correspondientes gobiernos, las cuales no pueden consistir sino en la remoción de los funcionarios antes expresados y, en el caso que tal procedimiento no sea posible, protestar como desde luego protestamos contra todo acto de violencia y exacciones, que como la derrama del uno por ciento sobre capitales, se pretenda ejercer en las propiedades y en las personas de los mismos súbditos.

Sírvase V. M. aceptar nuestros respetos.

Alfonso Dano
Ministro plenipotenciario de
Francia
El marqués de la Rivera
Ministro plenipotenciario de
España
C. R. F. Middleton
Encargado de Negocios de
Gran Bretaña

Ad. Magnus
Encargado de Negocios de
Prusia
Federico Hoorvichy
Encargado de Negocios de
Bélgica
Francisco Curtopassi
Encargado de Negocios de la
Italia

BAZAINE SE DESPIDE DE MÉXICO

Febrero 3 de 1867

Mexicanos:

Dentro de pocos días las tropas francesas saldrán de México. Durante los cuatro años que han permanecido en vuestra hermosa capital, no han tenido sino motivos de felicitarse de las relaciones simpáticas que se han establecido entre ellas y este vecindario.

Es, pues, en nombre del ejército francés de su mando, como también bajo la impresión de sus sentimientos personales, que el mariscal de Francia, comandante en jefe, se despide de vosotros.

Os dirijo, pues, nuestros comunes deseos para la felicidad de la caballerosa nación mexicana.

Todos nuestros esfuerzos han aspirado a establecer la paz interior. Estéis seguros y os lo declaro en el momento de dejaros que nuestra misión nunca ha tenido más objeto y que jamás ha entrado en las intenciones de Francia, el imponeros una forma cualquiera de gobierno contraria a vuestros sentimientos.

Mariscal Bazaine

MAXIMILIANO DECRETA
EL FUSILAMIENTO DE JUÁREZ Y SUS MINISTROS

Palacio Imperial de México, febrero 5 de 1867

Mi querido general Miramón:

Os recomiendo muy particularmente de que si lográis apoderaros de don Benito Juárez, don Sebastián Lerdo de Tejada, don José María Iglesias, don Luis García¹⁴ y del general don Miguel Negrete, que les hagáis juzgar y condenar por un consejo de guerra, conforme a la ley del 4 de noviembre último, actualmente en vigor;¹⁵ pero la sentencia no se ejecutará antes de haber recibido nuestra aprobación; al efecto, nos enviaréis inmediatamente una copia de ella por el intermediario del ministro de la Guerra. Hasta recibir nuestra resolución, os recomendamos que procuréis al prisionero o a los prisioneros un trato conforme a lo que exige la humanidad, sin omitir por eso de tomar todas las precauciones necesarias para impedir una evasión.

Desearíamos igualmente y es por eso que os encargamos de ello, que se observe la misma conducta con todos los funcionarios civiles, judiciales, financieros o eclesiásticos que se hallen con los disidentes y que no sean tomados con las armas en la mano; aunque, por lo demás, serán sometidos como todos los otros a las disposiciones de la ley precitada.¹⁶

¹⁴ Hay aquí una equivocación. Maximiliano quería decir el general don Ignacio Mejía, ministro de la Guerra.

¹⁵ La muerte, en virtud del artículo 6 de esta ley.

¹⁶ Unos años de presidio.

En cuanto a los cinco mencionados nominalmente, queremos, cualesquiera que sean las condiciones de su arrestación, que sean tratados como se ha dicho aquí arriba.

Estas medidas son de la importancia más grande y contamos sobre vuestro patriotismo y lealtad para ejecutarlas de la manera más exacta y eficaz.

Vuestro aficionado.

Maximiliano

MAXIMILIANO RECONOCE SU DERROTA Y YA NO QUIERE
MAYOR DERRAMAMIENTO DE SANGRE

(Febrero 9 de 1867)

A Teodosio Lares

Mi querido ministro don Teodosio Lares:

La situación actual de México me conmueve profundamente. Cada resolución adoptada para terminar la guerra civil nos conduce a encenderla más y dondequiera que se intenta consolidar el imperio, corren torrentes de sangre, sin obtener la menor ventaja.

Se esperaba que una vez emancipado el imperio de la intervención francesa, nuestra acción se haría sentir de una manera saludable en favor de la paz y del bienestar de las poblaciones. Desgraciadamente ha sucedido lo contrario y si los hechos para siempre lamentables de San Jacinto y del Monte de las Cruces nos sirven para abrirnos los ojos, constituirán el recuerdo más amargo del imperio.

Mucho se prometía de la habilidad, de la aptitud, de la lealtad y del prestigio de los generales Mejía, Miramón y Márquez. El primero ha dejado el servicio so pretexto de su estado de salud; el segundo ha sacrificado, casi sin combatir, en la primera batalla que ha dado, todos los elementos que se le habían dado; el tercero, después de haber arrancado todo, por los medios más violentos, a los ciudadanos labarriosos y pacíficos, ha ordenado una expedición mal calculada, cuyos sangrientos resultados no se deplorarán nunca lo bastante.

Al mismo tiempo el tesoro está agotado; para atender miserablemente al servicio de algunos ramos de la administración, hay que imponer préstamos forzosos, imposibles de realizar, aun por medio

de los procedimientos más vejatorios y decretar contribuciones extraordinarias más odiosas que productivas.

El imperio no tiene, pues, en su favor ni la fuerza moral ni la fuerza material; los hombres y el dinero le huyen y la opinión se pronuncia de todas maneras contra él.

Por otra parte, las fuerzas republicanas, que injustamente se han tratado de representar como desorganizadas, desmoralizadas y sólo animadas del deseo del pillaje, prueban con sus actos que constituye un ejército homogéneo, estimulado por el valor y la habilidad de su jefe y sostenido por la idea grandiosa de defender la independencia nacional que cree puesta en peligro por la fundación del imperio.

En situación tan crítica, nosotros no tenemos siquiera el recurso de apelar al sufragio universal de las poblaciones, porque el voto de algunas localidades ocupadas por las armas imperiales, no significaría nada en cuanto al resultado. El momento de emplear este medio ha pasado; debemos, pues, renunciar a él para siempre.

Yo he contraído para con México el compromiso solemne de no ser nunca motivo para prolongar la efusión de sangre. El honor de mi nombre y la inmensa responsabilidad que pesa sobre mi conciencia ante Dios y ante la historia, me prescriben no diferir más una gran resolución que haga cesar inmediatamente tantos males.

Espero, pues, que tenga usted a bien indicarme, con la prontitud que las circunstancias exigen, las medidas que juzgue usted oportunas para desenlazar la crisis actual, arreglándose sobre las ideas expresadas en esta carta y teniendo en cuenta únicamente el bien y la prosperidad del pueblo mexicano, con entero desprendimiento de todo interés político o personal.

Maximiliano

LOS MINISTROS ACONSEJAN HACERSE FUERTE
EN QUERÉTARO Y NEGOCIAR CON JUÁREZ

(Febrero 10 de 1867)

(A Maximiliano)

Señor:

La carta de vuestra majestad [V. M.], fecha de ayer, me ha inquietado profundamente y, como era de mi deber, reuní inmediatamente a los ministros a quienes tengo la honra de presidir. Después de haber examinado concienzudamente las ideas desenvueltas en esa carta, nuestro primer movimiento fue renunciar las funciones con que nos ha honrado la confianza de V. M., en la persuasión de que el actual ministerio no se halla en estado de servir la difícil política que V. M. se propone adoptar. El ministerio cree que, en la extremidad a que nos ha reducido la deslealtad del gobierno francés, sólo el completo exterminio de uno de los adversarios puede asegurar la victoria del otro y restablecer la paz. Pero una consideración nos ha decidido a no persistir en la idea de dimisión. Cuando V. M. ha aceptado con tanto valor y abnegación el voto de los consejeros, resuelto a quedarse a la cabeza de la nación, nosotros tenemos por deber que permanecer cerca del trono y compartir con V. M. todas las amarguras del presente y todas las incertidumbres del porvenir.

Tomada esta resolución, nosotros suplicamos a V. M. que juzgue nuestra adhesión a su persona, conforme al sacrificio que hacemos de nuestras opiniones para secundar su deseo de poner fin a la guerra por medios que nos son antipáticos. Establecido esto y en vista de las últimas determinaciones de V. M., paso a exponerle el único medio que creo practicable para desenlazar la crisis que sufre México desde hace unos

cuatro meses.

Debemos ante todo evitar a la capital las calamidades de un sitio y los horrores de un asalto; hay, pues, que ir a intentar en otra parte la solución, en Querétaro, por ejemplo, donde el imperio cuenta todavía con numerosos partidarios. Concentrando allí el mayor número posible de tropas regulares, a las órdenes de los generales más distinguidos y más leales, a fin de constituir un ejército respetable, convendría que V. M. tomase el mando en jefe para reprimir las rivalidades y las preferencias inevitables entre nosotros, cada vez que se hallan en contacto dos o más oficiales del mismo grado.

Habiendo así tomado una actitud verdaderamente fuerte, que haga comprender a los republicanos que todavía encontrarán enérgicas resistencias que vencer, se deberá entrar directamente en pláticas con don Benito Juárez. Es probable que él se niegue y aquí se presenta la dificultad; pero para decidirle se podrá hacer valer el estado de cansancio en que se encuentra la nación y la fatiga que debe necesariamente abrumar a los que le siguen. En ningún caso se propondrá el llamamiento al voto público. Juárez es fanático por la legalidad de su título; cree de buena fe en su mandato y no consentirá nunca en ponerlo en duda. El debate deberá, pues, limitarse a hacer estipular la introducción de las siguientes reformas constitucionales por el Primer Congreso:

Primero.- Creación de un Senado.

Segundo.- Inamovilidad de los ministros de la Suprema Corte con excepción del presidente que se renovará cada ocho años y será nombrado por el Congreso.

Tercero.- Elección directa del presidente y de los diputados.

Cuarto.- Restitución al clero del derecho de voto activo y pasivo.

Quinto.- Libertad a las corporaciones de adquirir bienes, arreglando un modo de enajenación periódica por los valores muebles

que adquirieran.

Debería también estipularse expresamente que el gobierno republicano proclamará una franca amnistía y que las personas que no estuviesen comprendidas en ella, serán juzgadas por los tribunales ordinarios con todas las garantías que aseguraban las leyes vigentes antes del 31 de diciembre de 1861, considerando como derogadas todas las que se han promulgado posteriormente sobre la materia.

Convendría igualmente hacer de manera que la República reconozca la deuda interior contraída por el imperio y admita la validez de las concesiones y privilegios industriales o comerciales concedidos por V. M.

De este modo, las reformas constitucionales satisfarán las aspiraciones del partido conservador y los intereses del clero; la amnistía y el juicio por los tribunales ordinarios, tranquilizarán a las personas que se han comprometido en el imperio y si se obtiene además el reconocimiento de la deuda y de las concesiones, los interesados en ello no podrán menos que felicitarse.

Considero como de una importancia vital el más profundo secreto en todo este negocio. Es evidente, en efecto, que si antes de llegar a un arreglo definitivo tuviesen aviso de él ciertos generales en jefe del ejército, las nobles miras de V. M. se encontrarían en pugna con el interés personal de ellos, puesto en peligro por la conclusión de la paz y el restablecimiento del orden.

No me lisonjea la esperanza de que V. M. vea coronados por el éxito sus nobles esfuerzos; pero sea como fuere, yo tendré la satisfacción de no haber retrocedido ante ninguna manera de manifestar la profunda adhesión con que soy, etc.

El presidente del consejo de ministros.

Teodosio Lares

JOHNSON PROHIJA LA POLÍTICA DE DILACIONES
RESPECTO A LA AYUDA A MÉXICO

Washington, febrero 8 de 1867

Ciudadano ministro de Relaciones Exteriores
Zacatecas

Anoche fue la segunda recepción del presidente de los Estados Unidos en este invierno. Deseando tener algunos momentos de conversación con él, fui a la Casa Blanca poco antes de que principiara la recepción y logré mi objeto de hablar como diez minutos con Mr. Johnson, antes de que comenzara a llegar la concurrencia.

Me preguntó con interés qué noticias tenía yo de México y habiéndole manifestado que todas eran excelentes y que me hacían esperar que, dentro de dos o tres meses, estaría la paz del todo restablecida en la República; me dijo que celebraba mucho que todo marchara tan bien; que al principio había él estado en favor de medidas violentas que arreglaran la cuestión sin grandes dilaciones; pero que las circunstancias habían hecho que siguiera otro camino y que una vez conseguido de este modo el mismo resultado, se alegraba de que él se debiera (a) la política de dilaciones, supuesto que la otra podría haber estado expuesta a graves inconvenientes.

Yo también me expresé complacido de lo que ha ocurrido y me despedí de él.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Matías Romero